

Durante los años 1970/71 Jacques Lacan dicta un seminario llamado *De un discurso que no será du semblant*. Dejo, por el momento, *du semblant* sin traducir. Este seminario supone que los cuatro conceptos (inconsciente/repetición/transferencia/pulsión) ya pasaron por los cuatro discursos expuestos en *El revés del psicoanálisis* y en *Radiofonía*.

Jacques-Alain Miller ha llamado la atención sobre las resonancias existentes entre *ensemble*, *semblable*, *semblant* (conjunto, semejante, semblante). Semejante y semblante tienen, dice, la misma raíz: *similis*. ¿Qué puede hacerse con *du semblant*? Como puede saberse por ...*Ou pire* (... *O peor*), un seminario de la misma época, “El error sería no ver que el significante es el goce y que el falo no es más que su significado”.

El primer paso, para mí, está en despejar la posible confusión de *semblant* con otros términos como “ilusión” (trabajo realizado ya por Marie-Helene Brousse), “apariencia”, “fenómeno”, etc.

Ya en la *Fenomenología*, Hegel subraya la diferencia entre la apariencia (*Schein*) y el fenómeno (*Erscheinung*), así como entre actualidad (*Wirklichkeit*) y real (*Reel*).

* Expuesto en las Jornadas de Filosofía de la Fundación Origen, Bs. As., 1993.

La actualidad, lo que existe, disuelve la pertinencia de la diferencia entre lo interno y lo externo.

¿*Du semblant* sería algo cercano a lo que Hegel llama figura (*Gestalt*)? Las *Gestalten* (figuras) organizan la experiencia, se suceden unas a otras, ocupan la escena del mundo.

Fue a partir de estas experiencias que me dirigí al *Seminario XI*, en particular a los capítulos sobre la mirada, comenzando por la página 65 (“*La schize de l’oeil et du regard*”) y siguiendo hasta la página 109, donde concluye la pregunta por el cuadro *Qu’est-ce qu’un tableau?*

Jacques Lacan introduce aquí la mirada como $-\phi$ en la *naturaleza* y aunque digamos “naturaleza del discurso”, existe algo que es irreductible al mismo. *Du semblant*, el genitivo objetivo está primero, el *objeto semblant* es anterior a cualquier sujeto que “haga *semblant*” de objeto.

¿Qué *concepto* funda el correlato de cualquier término con algo que no es una *cosa*, sino un objeto llamado *du semblant*?

Jacques Lacan se refiere a lo real, “real en tanto que la identidad de percepción es su regla”. Se trata de los *procesos primarios* donde el lenguaje funciona al modo del *realismo* platónico, de tal manera que la *identidad de percepción* (el volver a percibir con cierto sentimiento de realidad) es anterior a la *identidad de pensamiento*, que funciona al modo del *nominalismo*.

¿Qué pasa si no se habla de la Idea (palabra=cosa), tampoco del Nombre (palabra/cosa)?

No se trata aquí de proponer *du semblant* en el lugar de lo que una fenomenología podría llamar apariencia como diferente de la verdad: ¿cómo lograr reunir alguna vez ese doble en que se convertía entonces la representación con lo que se supone que ella recubre? La *Fenomenología (de la percepción)*, Merleau-Ponty nos remitía por tanto a la regulación de la forma, que preside no sólo el ojo del sujeto, sino toda su espera, su movimiento, su aprehensión, su emoción muscular y aun visceral —en suma, su

presencia constitutiva, señalada en su así llamada intencionalidad total (p. 69).

El paso siguiente “—sólo veo desde un punto, pero en mi existencia soy mirado desde todas partes (...) La mirada sólo se nos presenta bajo la forma de una extraña contingencia, simbólica de aquello que encontramos en el horizonte y como tope de nuestra experiencia, a saber, la falta constitutiva de la angustia de castración.

El ojo y la mirada, esa es para nosotros la esquizia en la cual se manifiesta la pulsión a nivel del campo escópico”.

Introducida la angustia de castración *entre* la mirada y el ojo, es el *mimetismo* lo que pasa a primer plano: “El problema más radical del mimetismo consiste en saber si ha de atribuirse a alguna potencia formadora del propio organismo, que muestra sus manifestaciones. Para que esto sea legítimo tendríamos que poder concebir por qué circuitos esa fuerza puede encontrarse en posición de dominar, no sólo la forma del cuerpo mimetizado, sino su relación con el medio ambiente, ya sea distinguiéndose o confundiéndose con él” (p. 70).

¿Cómo olvidar la “transformación que se opera en el sujeto por la asunción de una imagen” que en el estadio del espejo define a la identificación? Por otra parte, la angustia de castración introduce una equivalencia entre ese $-\phi$ que se da en la naturaleza como mirada y la mirada del lado femenino. *La joven Parca*, poema de Valéry que Jacques Lacan define por el tema de la feminidad, introduce un *viéndose ver* que “evita la función de la mirada”; a pesar de que somos “seres mirados, en el espectáculo del mundo. Lo que nos hace conciencia nos instituye al mismo tiempo como *speculum mundi* (...) El espectáculo del mundo, en este sentido, nos parece como *omnivoyer* (...) este lado *omnivoyer* asoma en la satisfacción de una mujer de saberse mirada, con tal de que no se lo muestren” (p. 71).

Como prueba indirecta de esta equivalencia aparece la alu-

sión al Hombre de los Lobos y al “terror fóbico de reconocer que el aleteo no está muy lejos de la pulsación, de la causación, de la rayadura primitiva que marca su ser alcanzado por primera vez por la red del deseo”.

La mirada deja al sujeto “en la ignorancia de lo que está más allá de la apariencia (*apparence*)”. “Ir de la percepción a la conciencia”... ¿Cómo se articula la *tyche*, con la *mancha*? Problema ultraclínico, nada teórico, que debe informar al practicante de la falta de conveniencia de establecer una reciprocidad entre la mirada y lo mirado, que sostendría la ilusión de una mirada última.

Je me voyais me voir (me veía verme)... “...este enunciado tiene un sentido pleno y a la vez complejo cuando se trata del tema que desarrolla *La joven Parca*, el de la feminidad –pero todavía no hemos llegado a tanto. Todavía estamos con el filósofo, que capta uno de los correlatos esenciales de la conciencia en su relación con la representación...” (p. 76).

De un lado la feminidad (“...pero no hemos llegado a tanto...”) y del otro el filósofo y el problema de la representación. Y, un poco después, “¿Cómo negar que del mundo nada me aparece sino en mis representaciones? Tal es la postura irreductible del obispo Berkeley –sobre cuya posición subjetiva habría mucho que decir– respecto de algo que sin duda no advirtieron, ese *me pertenece* de las representaciones, que evoca la propiedad” (p. 77).

Por nuestra parte advertimos que la *propiedad* se refiere al *tener*, diferente del *ser*. De un lado el idealista que se vuelca a la acción y del otro ese polo femenino que se anonada. Citemos: “El modo de mi presencia en el mundo, es el sujeto que, de tanto reducirse a la certeza única de ser sujeto, se convierte en anonadamiento activo. La meditación filosófica posterior, efectivamente, vuelca al sujeto hacia la acción histórica transformadora y, en torno a ese punto, ordena los modos configurados de la autoconciencia activa a través de su metamorfosis en la historia. A su vez,

la meditación sobre el ser que culmina en el pensamiento de Heidegger, devuelve al propio ser ese poder de anonadamiento –o al menos formula la pregunta de cómo puede remitir a él” (p. 77).

Los filósofos, desde Platón hasta Kant, se enfrentan al supuesto engaño de la percepción sin captar que de la “relación entre la apariencia y el ser” lo esencial no está en la línea recta sino en el punto luminoso.

Esta parte del *Seminario XI*, es una compleja exposición sobre el tema de la percepción y la representación, sobre el mimetismo y esa mirada *anterior* que convierte a la pintura en algo que viene a calmar la angustia de castración que introduce la *esquizia*. A partir de ahí se trata de *disfraz*, *camuflaje*, *intimidación*.

En el camuflaje “no se trata de concordar con el fondo, sino, en un fondo veteadado, de volverse veteadura –exactamente como funciona la técnica del camuflaje en las operaciones de guerra humana”.

El disfraz, en cambio, tiene una finalidad sexual “...este designio sexual se produce mediante toda suerte de efectos que son esencialmente de simulación, de mascarada (...) no debemos decidir apresuradamente que es el plano del engaño”.

La intimidación, por último, “...entraña también esta sobrevaloración que el sujeto siempre intenta alcanzar en su apariencia”. Conviene, dice Jacques Lacan, no apresurarse a recurrir a la intersubjetividad y caer demasiado rápido en el otro al que se imita.

Esta advertencia parece decir que el disfraz, el camuflaje y la intimidación responden a la *mirada* y no al otro, de la misma manera que el sujeto imita la imagen especular y no al semejante (aunque tome del semejante los rasgos para construir esa imagen).

De manera que no es verdad que Jacques Lacan acepte del todo la respuesta de R. Caillois de que el mimetismo no tiene un

fin adaptativo. En verdad, Jacques Lacan separa la adaptación de la *función defensiva* referida a otro. Pero también dice, hablando de cierto animal, “Se vuelve verde para devolver la luz en tanto que verde y protegerse así, por adaptación, de sus efectos” (p. 91).

Existe, en esta afirmación, la protección y la adaptación. Lo que no está puesto en juego es otro animal.

Cuando Jacques Lacan entra en el tema de la pintura separa al pintor del actor (que quiere ser mirado). El pintor invita a deponer la mirada como se deponen las armas: “Se le da algo al ojo, no a la mirada, algo que entraña un abandono, un deponer la mirada”. (Sin ninguna explicación Jacques Lacan excluye de esto a la pintura expresionista).

Más allá de la apariencia no está la cosa en sí, está la mirada que convierte el campo de la visión en una dimensión de *señuelo*.

La página 98, la única que introduce la palabra *semblant* en esta parte del *Seminario* que venimos marcando, aquí y allí, para despertar el interés sobre los temas que se encuentran en la dimensión de lo que después será *D'un discours qui ne serait pas du semblant*, aparece de manera explícita la referencia a lo masculino y lo femenino como lo que está en juego en ese $-\emptyset$ que la mirada introduce en la naturaleza.

Citaré, en extenso: “Para nosotros, las cosas no se barajan en esta dialéctica entre la superficie y lo que está más allá. Nosotros partimos del hecho de que, ya en la naturaleza, algo instaura una fractura, una bipartición, una esquizia del ser a la cual éste se adecua. Este hecho es observable en la escala diversamente modulada de aquello que, en último término, se puede inscribir bajo el acápite general del mimetismo. Interviene manifiestamente tanto en la unión sexual como en la lucha a muerte. Allí el ser se descompone, de manera sensacional, entre su ser y su semblante (*semblant*), entre él mismo y ese tigre de papel que da a ver. Así se trate de alarde en el animal, por lo general el macho, o del

hinchamiento gesticulante con el que procede en el juego de la lucha en forma de intimidación, el ser da él mismo, o recibe del otro, algo que es máscara, doble, envoltorio, piel desollada para cubrir el bastidor de un escudo. Mediante esta forma separada de sí, el ser entra en juego, en sus efectos de vida y muerte, y podemos decir que debido a la ayuda de este doble del otro o de sí mismo se realiza la conjunción de la que procede la renovación de los seres en la reproducción. El señuelo, por lo tanto, desempeña aquí una función esencial. No es sino eso lo que nos sobrecoge al nivel de la experiencia clínica, cuando, con respecto a lo que podríamos imaginar de la atracción hacia el otro polo en tanto que une lo masculino y lo femenino, aprehendemos la prevalencia de lo que se presenta como el *travesti*” (p. 98).

Se trata, entonces, de un tema ultraclínico que dice que el sujeto del deseo, a diferencia del animal, “no queda enteramente atrapado en esa captura imaginaria”. Unos años después los cuatro discursos mostrarán que *du semblant* encuentra su determinación simbólica en una modalización precisa.

Dejé de lado, de manera deliberada, el tema de la *mancha* para evitar lo que subyace a la etología y la fenomenología que Jacques Lacan viene comentando. Quise marcar que *du semblant* propone una revisión del tema de la “representación” (tanto en la tradición filosófica como en el mismo Freud): “...el cuadro no actúa en el campo de la representación. Su fin y sus efectos son otros”. ¿Olvidaremos la paradoja de que Sigmund Freud —en su segunda tópica—afirme que el inconsciente es escópico, como anterioridad lógica en relación con sus propias formaciones?

Por último, el tema de la feminidad como aparece *entrelíneas* en los seminarios no ha sido aún sistematizado. Es Jacques Lacan quien vuelve algunas veces sobre un punto tratado en el seminario sobre *La lettre volée* (p. 31): “Car ce signe est bien celui de la femme, pour ce qu'elle y fait valoir son être, en le fondant hors de position de signifiant, voire de fétiche”.

Esta frase vuelve a ser retomada y desarrollada en diversos momentos del seminario *D'un discours qui no seràit pas du semblant*, en conexión con la feminización que se produce por la posesión de la *lettre*.

En cuanto al fetiche, *La lógica del fantasma* habla de la mujer como el lugar donde se produce el espejismo (*mirage*) de una equivalencia entre el valor de uso y el valor de cambio.

El deseo de un objeto trascendente supone “que el objeto del hombre es la esencia del hombre tomada como objeto” (Marx, citado por Lacan).

Esta *esencia* introduce al falo como tercero irreductible –condición del $-\phi$ en la naturaleza– y determina que “...no hay más que mujeres, digamos particulares, pero es tal vez decir aún demasiado, porque lo particular tiene mucha relación con lo universal” (J. Lacan, 26/1/75). El objeto *semblant* remite a la presencia, a la presencia del tercero irreductible entre lo masculino y lo femenino.

Pero sin olvidar que ese tercero, en tanto significado, remite a los significantes del goce.

Nota

Las referencias de páginas del *Seminario XI* y de *Ecrits* remiten a la edición francesa.